

dices a esto?

Lo cual preguntaban para tentarle y poder acusarle. Pero Jesús como desentendiéndose inclinóse hacia el suelo, y con el dedo escribía en la tierra.

Mas como porfiásen ellos en preguntarle, se enderezó, y les dijo: El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella el primero la piedra.

Y volviendo a inclinarse otra vez, continuaba escribiendo en el suelo.

Mas, oída tal respuesta, se iban descabullendo unos tras otro, comenzando por los más viejos, hasta que dejaron solos a Jesús y a la mujer que estaba en medio.

Entonces Jesús enderezándose le dijo: Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?

Ella respondió: Ninguno, Señor. Y Jesús compadecido le dijo: Pues, tampoco yo te condenaré. Anda, y no peques más en adelante.

Eso dice el Evangelio. ¿Qué conclusión saquemos de la narración anterior?

Estas: No fué N. S. quien salió a encontrarse con la mujer pecadora; además ¿cómo nos recibirían a nosotros si fuéramos a llamar a las puertas de sus secuaces?

De ahí que no hemos de ir en pos de tales ovejas, si bien las hemos de recibir. Ahora, antes de ver cómo las hemos de recibir, consideremos en qué circunstancias llegó ella, a los pies de Jesús. —La traían UNOS CUANTOS MALVADOS, cuyas faltas reveló N. S. escribiéndolas sobre la arena de suerte que no solamente era oveja descarria

da la mujer acusada, sino que también lo eran TODOS Y CADA UNO DE SUS DETRACTORES.

¿Qué sucedió?—pues esto: que Jesucristo les dijera equívocamente: Ya sé que ella es pecadora; pero, vosotros, no sois limpios de pecados tampoco, porque tenéis el alma manchada con tales y tales. El resultado de semejantes CONFESIONES PUBLICAS fué que de TANTAS OVEJAS DESCARRIADAS, no se quedara sino UNA, la mujer aquella, la cual confesada, arrepentida y perdonada formó entre las escogidas del Divino Pastor.

Y de los demás OVEJONES DESCARRIADOS ¿qué hubo?

El cayado del Divino Redentor al tocar sus escoriaciones o llagas no produjo el efecto que lograra con tanta facilidad sobre el alma de la pobre infeliz cuya historia ofrecimos a la meditación de nuestros lectores. Al sentir el contacto del báculo divino, huyeron. ¿Cómo?... pasito, ... para no llamar la atención y que así... no llegase a saber N. S., por donde habían cogido! temerosos seguro de que Este les fuera a alcanzar.—No dice el evangelio que Jesucristo haya hecho más a favor de ellos.

Con justísima razón pues,

que hacíamos Mercedes y yo. Ya yo estaba enterado de que, á juicio de los hombres, no hay para una mujer ocasión de ostentar sus atractivos y de extremar su gentileza, como la de ir bien montada. Por otro lado, también me constaba que lo que más realza la hermosura y las buenas partes de un caballo, es llevar sobre sí á una mujer bella que monte con soltura y gallardía. Por tanto aquellos elogios me inflaron sobre manera, y tanto más cuanto tenía para mí que eran merecidísimos. Yo no puedo juzgar de la belleza de las mujeres; pero, según lo que en aquella y en otras muchas ocasiones oí á los hombres, Mercedes era una de las muchachas más garridas de su tiempo.

El día más glorioso

No puedo ponderar mi satisfacción ni el ahínco con que procuré hacer brillar todas las prendas que debía á la naturaleza y á la edu-

y a imitación del Divino Maestro, PUEDEN y DEBEN, los sacerdotes, reprochar a sus feligreses sus faltas y APROVECHAR para ello el momento en que se acercan a ellos, aun cuando no sea con el fin de ser reconvenidos ni mucho menos. En efecto, los acusadores de la mujer prevaricadora tampoco habían venido a leer sus pecados sobre la arena del suelo.

Luego, cumplido ese deber, si el feligrés se humilla y pide se le perdone sus pecados no hay sacerdote que le niegue esa gracia. al contrario, si soberbio aquel se rebela y huye del ministro de Dios reprochándole su PATERNAL FRANQUEZA, esto quiere decir que escoge para si el papel de empedernido.

El representante de Jesucristo, él, sin turbarse aguardará para otra tentativa que la divina gracia le vuelva a traer a sus pies los ovejones de mi cuento.

M. D. M.

PRIVARSE ES MORTIFICARSE

MORTIFICARSE ES MERECER

AHORRAR ES MERECER

cación. Pompeándome soberbiamente, simulaba una fogosidad capaz de poner en cuidado a los buenos jinetes, y obedecía a la rienda adivinando el pensamiento de mi señorita. Llevaba la cabeza, como siempre, quieta y erguida, pero logré enarcar el cuello más que de costumbre.

El velo de la linda amazona, sus amplias faldas y mis crines, impulsados hacia atrás, cuando el viento nos venía de cara, se agitaban, y ondeaban airoosamente.

Lo que no pude ¡ay! fué abstenerme de colear. A trueque de no colear aquel día hubiera yo consentido en permanecer por una semana en poder del Tuerto Garmendía.

Todo elogio que de mí hacían las personas conocedoras de caballos que iban observándome, terminaba con la exclamación que tantas veces me había atormentado los oídos: "¿Qué lástima que sea coleador!"

Blandos arrullos

Mercedes estaba para casarse, y

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XIV

Bello proyecto y más bella realización

El día fijado partimos por la tarde para el pueblo de Soacha, en el que debíamos pernoctar. Formaban la comitiva del Señor Avila sus hijas y sus hijos y seis ó siete personas extrañas. No me sorprendió que Da. Paz no fuese de la comparsa, pues bien sabido me tenía que el montar á caballo no era su pasión dominante.

No nos habíamos alejado gran cosa de la ciudad cuando empecé á oír calurosos elogios de la figura